



# Las auroras montreales

**Monique Proulx**



colección ficción  
Universidad Veracruzana



# LAS AURORAS MONTREALES

MONIQUE PROULX



ANIVERSARIO  
Universidad Veracruzana  
1944-2014



Universidad Veracruzana  
Dirección Editorial

**Clasificación LC:** PQ3919.2 P763 A9 2014  
**Clasif. Dewey:** 848.99203  
**Autor:** Proulx, Monique, 1952-  
**Título uniforme:** [Aurores montréalaises. Español]  
**Título:** Las auroras montreales / Monique Proulx ; traducción, Cuerpo Académico Lingüística y Traducción, Instituto de Investigaciones en Educación de la UV.  
**Edición:** Primera edición.  
**Pie de imprenta:** Xalapa, Veracruz, México ; Universidad Veracruzana, 2014.  
**Descripción física:** 238 páginas ; 21 cm.  
**Serie:** (Ficción)  
**Nota general:** Traducción de: Les Aurores montréalaises.  
**ISBN:** 9786075023403  
**Materia:** Cuentos francocanadienses--Siglo XX.  
**Autor corporativo:** Universidad Veracruzana. Instituto de Investigaciones en Educación.

DGBUV 2014/28

**Título original:** *Les Aurores montréalaises*

© 1997, Les Éditions du Boréal

© Por la coordinación de la traducción: Diana Luz Sánchez y Pilar Ortiz Lovillo

Primera edición, 1 de octubre de 2014

© Universidad Veracruzana

Dirección Editorial

Hidalgo núm. 9, Centro, Xalapa, Veracruz, México

Apartado postal 97, CP 91000

[diredit@uv.mx](mailto:diredit@uv.mx)

Tel/fax (228) 8185980; 8181388

ISBN: 978-607-502-340-3

La traducción de esta obra se realizó en el seno del Cuerpo Académico Lingüística y Traducción, adscrito al Instituto de Investigaciones en Educación de la UV.

Impreso en México / Printed in Mexico



# La clase trabajadora

No esperaba usted encontrarla ahí. Es obvio que ella tampoco: interrumpe de tajo la canción de amor que estaba vociferando, casi deja caer el plumero al suelo, lo mira entrar con la boca abierta con tanta estupefacción que usted se regresaría por donde llegó de no ser porque está en su casa.

Salió del trabajo demasiado temprano ese mediodía; hacía un sol conmovedor y lírico, ha deambulado de aquí para allá, comprando cosas y ya está aquí. Por lo demás, no tendría por qué darle NINGUNA explicación a la señora de la limpieza quien, finalmente, se repone del susto. Ella le ayuda a transportar a la cocina sus numerosos paquetes. Tantea con circunspección su bolsa de La Mer.

—¡Ay! ¡Algo se mueve! —dice aterrorizada.

—Son langostas, señora Saint-Dieu.

Usted sabe que ella se llama Flore Saint-Dieu y que es haitiana. Es todo lo que sabe de ella, eso y que viene una vez por semana a limpiarle la casa. Le quita de las manos la crema perfumada Dans un Jardin que se aprestaba a guardar en el refrigerador —“la envoltura es tan bonita que uno pensaría que es un pastel...” se disculpa—; usted logra persuadirla, mal que bien, de que vuelva a sus ocupaciones habituales. Y mientras que su kilo de salmón ahumado, sus pastelillos de Le Nôtre, sus



chillona suspendida como si nada entre sus hermosos objetos... Siente náuseas, se levanta para descolgar esa cosa.

—¡Es mi abrigo!

No la ha escuchado venir, ella está delante de usted, presa de una cólera ciclópea.

—No es bonito, ¿verdad? ¡Nunca son bonitos los abrigos de los pobres!

De pronto usted comprende que no saldrá así como así de ésta, hace demasiado tiempo que usted va al mar y ella jamás ha regresado allá, que usted se atiborra de langostas mientras que ella se alimenta de arroz, que los hijos de ella tiritan en suéteres baratos mientras los suyos desdeñan sus Lacoste usados. Ella se yergue ante usted, la señora Saint-Dieu, hasta la coronilla de todas las inmundicias que usted la ha hecho recoger, porta en el rabillo del ojo una estrella, emblema de la revolución, blande y le hunde en el corazón el mejor de los cuchillos que usted posee, un Zwilling & Henckells escrupulosamente afilado...

Se despierta, bañado en sudor, en su sillón favorito cerca de la entrada. La señora Saint-Dieu está pasando la aspiradora en una habitación alejada. Cuando se acerca para retirarse, envuelta en su abrigo amarillento, usted le ofrece un aumento.

—¿De cuánto? —le pregunta ella.

No parece sorprendida, algo parecido a una sonrisa se desliza temblorosa en sus labios, hasta alcanzar sus ojos, ahí donde tiene una pequeña arruga en forma de estrella que usted jamás había notado.